

RENATO LEDUC

El corsario beige



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto

México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

El corsario beige

© Herederos de Renato Leduc

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán

C.P. 04510, México, D.F.

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s.n.

www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

República de Argentina 12, Col. Centro

C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 6544612102995292367



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

Índice

De cómo encontré al candidato Hipólito Buelna
y de la breve conversación que tuve con él 5

Del riguroso escrutinio sentimental que practiqué
viajando de Guadalajara a México 21

Donde se verá que la vida en la capital no es tan
turbulenta como piensan los provincianos, ni
tan sosegada como las cónyuges
de los metropolitanos quisieran 37

En este capítulo interviene en una forma
incidental, pero importante, el por unos
bendecido y por otros vituperado amor 53

En donde se verá cómo el atildado licenciado don
Estanislado Maldonado abrió al coronel Buelna,
y por ende a un servidor, las puertas del hermético
porvenir 69

Este capítulo es, para valernos de un giro
cervantino, el que sigue del anterior
y el anterior al siguiente 81

De cómo encontré al candidato
Hipólito Buelna y de la breve
conversación que tuve con él

Le dije —pero en el acto surge la duda de si, en buen castellano, debe decirse le dije o la dije—; le dije: Lupita, ¿por qué no me guía usted por los senderos del bien...? bien... bien... bien...

La lengua se queda pegada al paladar, ¿sed?, ¿resequedad?, y la vergüenza me perla de sudor las sienes, Lupita...

No hay emoción posible frente a la mujer que puede ser, llegado el caso, presunta esposa; un día quizá la verás parir; el niño llorará como es costumbre; recordarás los consejos amistosos de los amigos y la nutritiva conversación que tuviste con el licenciado Álvarez, ex alegre ex condiscípulo, precisamente el 15 de marzo anterior, en la barra del Salón París.

6 Luego busca uno a los amigos para divagar, porque la felicidad hogareña es pavorosa; a la vuelta de los años la dulce compañera huele mal y recordamos y conmemoramos entonces las bellas partidas de carambola —¡ay! cuando éramos preparatorianos— y la época feliz en que podíamos impunemente cultivar la gonorrea.

Por enésima vez en esta semana contemplo al soslayo la endrina cabellera de Lupita, quien, por enésima vez, dibuja con técnica infantil soles y ojos, ojos y soles en su cuaderno de taquigrafía y remato, al fin, el poema que hace cinco meses escribo afanosamente para ella: “Y el caramelo que la infancia chupe / será siempre tu nombre, Guadalupe...”

¿Proseguimos? Prosigamos... Ciudadano Jefe del Departamento: tengo el honor de informar a usted... ¡oh Lupita! ha de saber usted que en ciertos países del globo el azul de papel de oficio es menos desvaído que el infinito azul del cielo... ¡ah Lupita! ¿se ha fijado usted en mi compañe-

ro de mesa, el neurasténico Huerta? A veces sus exabruptos son a modo de un toque de atención: el sexto, no fumarás, el séptimo, sí fornicarás.

Lupita —preciosa muchacha—, aún tiene 7 paciencia para escucharme; aún tiene perseverancia suficiente para trazar a cordel la raya de su peinado; aún tiene en las arterias sangre bastante para enrojecer de rubor; aún tiene en los ojos negros el brillo necesario para reflejar, cuando sonrío, el tintero sucio de negra tinta. Además, al andar proyecta sobre el arco del cielo, a la manera de mástil de una goleta, ángulos isócronos y casi, casi imperceptibles. Además, al hablar cecea graciosamente.

Las diecisiete, las diecisiete y media, las dieciocho. No hay plazo que no se cumpla; tal día hará un año, parodiando a D'Annunzio, escribía yo a Magdalena: “Maravilloso atardecer de otoño aquel en que tuvimos nuestra primera cita...” y ahora, en este otro maravilloso atardecer de otoño, en el instante en que salgo de la ofici-

na, el ex inmortal yace tuerto y pelón en cualquier repliegue de su decrepita Europa y la consignataria de aquella apasionada epístola rueda obesa y feliz por los senderos del mundo.

Pasa la vieja beldad de ojos de brasa y nalgas trepidatorias, moviendo éstas, quién sabe con qué oculto designio. Amor... amor... así las movería en el desierto, frente a la Esfinge y en el vértice de las pirámides, así las seguiría moviendo por los siglos de los siglos si Dios se lo permitiera y si tuviera siempre a jurisdicción el ojo atento de un hombre.

Las 18:00, las 18:30, las 19:00. Hay un momento en que la luz del sol casi no alumbra ya y las luces de la ciudad no alumbran todavía; se amortigua entonces el ruido de la calle, se amortiguan los más vehementes impulsos y las esperanzas, superlativamente radiosas, brillan inocuas y lejanas como la primera estrella de la noche. Luego la ciudad se entrega a los trasnochadores y a las prostitutas, a los ladrones, a las lechuzas, a los gendarmes y

a mí, a mí que de pronto frente a los guiñas de los anuncios luminosos me siento, sin razón ostensible, el hombre más taciturno de la república y por cuadragésima vez, en medio de la calle, me atenaza el dolor de vivir sin esperanza; mientras comienza a brillar tímidamente, como la segunda estrella de la noche, el anhelo premioso de amar a alguien: a una mujer, a dos mujeres, a diez mujeres, al ángel de la Independencia, a la patria, a la ciudad, a mi ciudad, precisamente a esta ciudad que de niño me atormentó y me intrigó, que de adolescente me sedujo y me humilló y de hombre me agotó y me arrojó lejos de ella, comportándose en todo como una mala querida. Amarla, poseerla, recorrerla de ida y vuelta en los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos, desde Peralvillo hasta San Antonio Abad, desde San Lázaro hasta la Tlaxpana. Amarla, porque lo esencial para un hombre íntegro es arder siquiera dos minutos —nada más dos minutos— en la flama de un amor puro, sea por quien sea.

10 Pero, entre tanto, ¿adónde ir? Desde los tiempos más remotos la pobreza fue motivo de misantropía para los hombres jocundos; bello ejemplo, por ejemplo, el de Timón de Atenas: conciudadanos, poseo una vieja pistola que intento pignorar y tengo el honor de participarlo a ustedes por si alguno pretende suicidarse.

Solo, en la alta noche, de cara al occidente, persigo largas horas sin qué ni para qué un cuadrante melancólico de luna que está a punto de naufragar entre nubes y azoteas, pero la persecución me cansa y busco en la calle desierta un oasis, banca o remanso, un jardín, un ford o cabaret, sitios, los seis, propicios para la meditación, porque me complace divagar mientras descanso, engarzando a la manera de los antiguos, pueriles reflexiones sobre esto y sobre aquello: Dios no puede ser perfecto, porque si fuera perfecto, pues ya no tendría objeto y si no tuviera objeto... o bien, ¿por qué será que, como dice Gironde, se descomponen con más facilidad los

cadáveres que los automóviles...?, o bien, si yo tuviera tus ojos, si tus ojos yo tuviera... o bien...

La silueta plegadiza de un gato se inscribe durante medio minuto en el rojizo segmento lunar, y en el acto, mediante un suave rumor de su follaje, los árboles absortos de la Alameda me advierten, a la izquierda, su presencia, y el espasmo gutural de un saxofón me anuncia, a la derecha, la ubicación de un cabaret. 11

Mi ánimo, como el de los héroes homéricos, fluctúa breves instantes entre los cuernos bermejos de la luna al occidente; y la sombría frescura de los árboles, a la izquierda; y la confortable perspectiva de una cena, a la derecha; y gracias a los resabios clásicos que aún poseo, mi ánimo generoso, otra vez como el de los héroes homéricos, se deja persuadir al fin por la derecha.

El chino, propietario, empresario y emprendedor, ha colocado insidiosa e inconscientemente un reloj y un calendario en la parte más visible de su cabaret; ignorando quizá que

al tiempo hay que dejarlo en la calle, que al tiempo hay que cerrarle las puertas, pues ¿qué necesidad tienen los pobres trasnochadores anacrónicos —yo entre ellos— de sentirlo correr?

A estas horas me atormenta el alma una pasión desdichada y la fecha efímera que manifiesta el folio del calendario y el minuto mil cuatrocientas cuarenta veces más efímero que marcan las agujas del reloj, me hacen recordar que este día, sábado quince de julio, cuando los relojes de la ciudad suenen las dos veinte de la madrugada hará exactamente ciento cuarenta y tres horas que en este mismo cabaret, frente a esta misma mesa, oyendo este mismo blues, estuve a punto de ahogarme, ¿en un vaso de agua? No, en dos tazas de café.

Dramático destino el de los hombres de buena voluntad. Yo, por ejemplo, hace apenas dos meses... Pero no es hora de hacer, como dicen los enamorados, reminiscencias; ni es hora de hacer, como dicen los detectives, reconstrucciones.

El mesero ha puesto cautelosamente al alcance de mi mano un pingüe y pulcro *roastbeef*; es hora, en consecuencia, de ejercitar la arte cisoria discriminando suavemente una a una las fibras de esta cruenta pulpa que después, según sea nuestra peculiar concepción del mundo y de la vida, duplicaremos la propina al mesero o exclamaremos traduciendo al más vegetariano de los poetas: caray, qué triste es la carne...

Pero de cualquier manera, hoy es sábado, y a juzgar por la intemperancia de los honestos padres de familia que llenan el cabaret, mañana será domingo, ya que a pesar de todo, el domingo es y seguirá siendo consecuencia del sábado y la noche del sábado es y seguirá siendo noche de juerga y aquelarre para la gente de pro.

La alegría detonante y sana de los animales entristece a los espíritus de noble vida interior; soy, antes que nada, gente de pro; existe todavía quien puede atestiguarlo, pero los domingos y fiestas de guardar me inspiran un invencible

horror; siento que me ahoga la ola bizarra y mucilaginosa de proletarios engalanados, nodrizas albeantes, suntuosos burgueses y atletas en traje de carácter que el ocio arroja en esos días —domingos y fiestas de guardar— por las calles y jardines de la ciudad.

Las grotescas parvadas de niños proponen a uno punzantes interrogaciones, y los globitos de goma bajo el cielo azul insinúan, quién sabe por qué, la angustiosa sospecha de que la vida no tiene más objeto que soltarle el hilo y dejarla ir.

Por eso cada sábado en cuanto el sol desaparece penetro en la cantina más próxima y después en el cabaret más lejano y bebo sistemática y melancólicamente hasta la hora en que el otro sol, el del domingo, se digna teñir de ópalo las viejas copas de los volcanes y vibra en el aire la llamada a la primera misa y en el asfalto de las calles repiquetea el trote apresurado de beatas y panaderos. A esa hora en que acaecen tantas cosas, siento un anhelo enorme de huir de mí

mismo y con la faz lívida y el estómago asqueado me meto en la cama y duermo beatíficamente veinticuatro horas consecutivas.

Pero repito, soy antes que nada, gente de pro. Hipólito Buelna, sonoreense, coronel y amigo mío, debe comprenderlo así, de otro modo no me invitaría aquí, en pleno cabaret, a correr con él una divertida aventura electoral; porque sucede que es candidato a gobernador del estado en que, a decir de su madre, vio la luz y quisiera que yo, y nadie más que yo, me encargara de la propaganda y verdaderamente no puedo negarme, porque Hipólito Buelna en la campaña del Yaqui me prestó señalados servicios y me salvó, entre otras cosas, la honra comprometida por deudas de juego y la vida arriesgada en lances de cantina; por otra parte, tampoco quisiera salir de México, porque amo en forma trágica a una mujer y esa mujer vive aquí, en la capital, y no quiero perderla y si me voy la pierdo, pues ella sabe y yo también y todos sabemos

que, como dice muy bien el refrán, amor de lejos es consuelo de pendejos.

16 Hipólito Buelna ríe estruendosamente como sólo puede uno reír en el desierto o en el mar.

En el salón danzan en amoroso contubernio —espléndidas bestias— la hija de un cacique que fue asesinado por otro cacique y el hijo del cacique que asesinó al cacique que fue asesinado por otro cacique; danzan las taquígrafas más bellas —¡oh quién tuviera su juventud!— con los funcionarios más gordos —¡oh quién tuviera su cinismo!— y por un agujero practicado en el techo descenden pausadamente —¡oh refinamiento!— globitos de goma de todos colores que los señores y señoras —¡oh coincidencia!— aplastan con las nalgas, burla burlando, sin temor a una explosión, y entre tanto el jazz, montaña rusa, quejumbre de torcaz y ulular de coyote, suscita —¡oh gloria!— impulsos opacos y generosos, v. gr., caminar a gatas o mandar a chingar a su madre al diablo; y mi coronel Buelna ríe:

—Pero hombre, parece mentira que por una mujer... pero hombre, es posible que los que presumen de liebres corridas vengán saliendo ahora con eso de que por una mujer...

17

Hipólito Buelna ríe; las parejas de baile, los bebedores de las mesas vecinas voltean a vernos.

—¡Oh! Baldomero, Baldomerito, tú sí que a la vejez viruelas. ¿Hembras...? Cuántas quieres... nada más dime la pinta y por allá te las consigo, pero acompáñame...

La risa de Hipólito Buelna comienza a provocar siseos...

Sin embargo, es la verdad; llega un momento en que da uno dado, una mujer, la cosa frágil y falsa que es una mujer, se convierte en el motivo, en el eje de todo lo que hacemos y yo, ni más ni menos, estoy en ese caso, no niego que es una idiotez; pero...

La mirada profundamente despectiva de Hipólito Buelna me corta la palabra, vuelvo a ver los nítidos perfiles del Bacatete, vuelvo a sentir

aquellas horas de áspera libertad en que el cielo era más cielo y el amigo más amigo, porque la mujer no nos achicaba ni nos enloquecía; porque la mujer no era entonces sino una presa o un recuerdo, y comprendo de pronto que lo trágico no es la muerte que nos acechaba allá detrás de cada matorral, sino esta vida torturada y precaria que nos impone aquí el capricho de las tristes muchachas a quienes, con las manos atadas, nos entregamos de vez en cuando.

En verdad no hay conversación como el soliloquio; señor Güiraldes, sombra fraternal de don Segundo Sombra: “Miseria es eso de andar con el corazón zozobrando en el pecho; miseria andar pensando en la injusticia del destino, como si éste tuviera que ocuparse de los caprichos de cada uno; miseria aflojar la voluntad sugiriendo la posibilidad de volver atrás con un ruego de amor para la hembra enredadora...”

En verdad no hay como ser uno y único...
Señor Güiraldes, noble y austero fantasma

de don Segundo, venga esa mano y en cuanto a usted, mi coronel, ya sabe, yo soy como siempre, Baldomero López, a sus órdenes y puede contar conmigo si quiere, desde ahorita; ya sabe que yo soy, como siempre, materia dispuesta, pero vámonos cuanto antes, mi coronel, que la rutina de la vida ciudadana es infamante: hoy como ayer y mañana como hoy...

Del riguroso escrutinio sentimental
que practiqué viajando
de Guadalajara a México

—No puede uno desvincularse...

—Desvin... ¿qué?

—No puede uno desvincularse impunemente de las cosas que ama...

En vano pretendo hacer comprender a Hipólito Buelna esta verdad resplandeciente.

—¿Usted ha querido alguna vez...? ¿a su mujer?, ¿a sus hijos?

—Pero eso no es amor, mi coronel, eso es familia...

—¿Armida? ¿La putita aquella de Guaymas, que siendo de usted, se suicidó por otro? —eso ya se va pareciendo más al amor ...

Hipólito Buelna no sabe de estas cosas: todo esfuerzo especulativo le fatiga; rehúye la discusión y prefiere, con los pies en el asiento de

enfrente y la cabeza ladeada y caída hacia atrás, cerrar los ojos, abrir la boca y echarse a roncar.

22 —La Baaarca... ¿A usted le gustan los quesos de La Barca...? A mí, francamente, no...

Ahora, el paisaje se oscurece; a lo lejos brillan con brillo no muy semejante, las estrellas del cielo y las hogueras del monte; Hipólito Buelna me deja como siempre con la palabra en la boca, pero más vale, así podré mientras corre el tren hacer balance de la desesperada situación en que por su amistad me he metido; además, es dulce decirse a sí mismo lo que otros no pueden o no quieren escuchar.

Nos fue mal; perdimos, triunfó, como todos esperaban, el candidato oficial; sólo nosotros, ¡ay!, no esperábamos semejante cosa a pesar de que el pueblo, con intuición femenina, nos anunció: ustedes perderán, porque el candidato que apoya el señor gobernador, es carirredondo, cacarizo y duerme con la hija del señor gobernador.

Y luego Hipólito Buelna empeñado dizque en luchar con lealtad por más que yo, hacién-

dome eco del sentir popular, intenté poner los puntos sobre las íes a este respecto:

—¿Qué cosa entiende usted por lealtad, mi coronel? ¡Contra lo que usted se imagina, lealtad 23 no es jugar con cartas limpias, sino con cartas iguales, porque jugar limpio contra quien juega sucio, no es lealtad, mi coronel, es, si acaso, florete contra ametralladora, resistencia pasiva, gandhismo, teosofía, y, aquí entre nosotros, pureza de convicciones, vasconcelismo, jugar al pendejo, dieta vegetariana y ludibrio de amigos y enemigos.

Hipólito Buelna reía, reía como ríe hoy, como ríe siempre, ante la evidencia de nuestra derrota, y su risa era un testimonio fehaciente de que contra lo que opinan los sociólogos, nosotros los mexicanos también sabemos perder, y de que lo único que sucede es que no resulta lo mismo aspirar apaciblemente a un ascenso, como acostumbran en los países civilizados, que jugarse el todo por el todo en un albur, como se estila por acá.

Porque un honorable *Monsieur*, ministro sin cartera, puede aspirar a la presidencia del consejo, en atención a que viene a ser remoto colateral de Bonaparte; en razón de que puso en vigor, con inesperado éxito, la ley de Gresham; teniendo en cuenta que ostenta una barba venerable y la roseta de la Legión de Honor; en gracia a que su calva es la calva más reluciente, o su mujer la más discreta *cocotte* de París... y si no asciende, se queda como estaba.

Mister Babbitt dejará de ser el gángster más distinguido o el rotario menos imbécil, para transformarse en el primer mandatario de la Unión; es posible que pierda en dólares lo que gana en dignidad, pero si la permuta no se realiza, seguirá como estaba.

En cambio nosotros, infelices de nosotros... aquí está por ejemplo este pobre candidato que ahora duerme plácidamente, sin saber aún cómo pagará mañana el dineral que le costó la propaganda.

Y sin ir más lejos, aquí estoy yo. Por seguir a un amigo en su aventura he quedado, como dice el *Magnificat*: sin cosa alguna... Perdí lo más y lo menos; perdí las cosas pequeñas y las grandes, el mezquino *modus vivendi*, el empleo que me daba decorosamente el sustento, y el ideal supremo de mi vida, la paz que estaba a punto de alcanzar.

Apoyado, conforme a la fórmula estoica, en la salud, en la virtud y en una moderada renta, me encontraba ya a menos de diez kilómetros de la ataxia locomotriz y de la ataraxia peripatética:

No desplazarse sino en el ala leve y aleve de la imaginación; vivir al margen, mirando correr con ojos en absoluto limpios de interés la sucia, limpia, bella, horrible, jacarandosa, luctuosa, verde, blanco y roja realidad; ya sin fuerza para desear, ya sin capacidad para sufrir, escuchar los llantos y las risas de los niños, de las señoras y de los caballeros, como quien oye llover y no se moja; oler el sudoroso aliento del planeta con

el asco estrictamente indispensable para estornudar; saborear las viandas y los vinos, las bebidas, las vituallas y las beldades con el parco, displicente y exacto paladar del catador; y con las yemas de los dedos, tentar todas las tentaciones e intentar todas las tentativas, y así, penetrar con los cinco sentidos —ni uno más ni uno menos— en los duelos y jolgorios, en las bacanales y en los sepelios de nuestros más distinguidos coetáneos.

Ser ya para siempre el cabrón taciturno y asexuado, el glacial y sensitivo Lucifer, que, con la desolación en el alma, la barba en la mano y las piernas cruzadas, desata y preside el aquellare, pero no participa en él; y recordar como un mal sueño edificante la época estorbosa, ridícula y dorada en que nos atormentaban penas de amor, piernas de mujer, anhelos de gloria y pretensiones de supervivencia.

Y, en fin, limpiarnos las uñas con hiperbórea suficiencia, mientras aconsejamos al hijo que, por angas o por mangas, creemos nuestro:

—Yo también, como tú, fui universitario, y como tal, libresco e inhumano; yo también, como tú, creí cándidamente que una cierta gloria científica o literaria era camino hacia el corazón de las mujeres, y aun creí, como tú, que las mujeres eran la única razón plausible de vivir entonces y como tú, escribí versos y dije discursos. Dije uno —recuerdo— acerca de la misión del hombre en la vida, así como suena: la-misión-del-hombre-en-la-vida, el cual, para qué es más que la verdad, me fue muy aplaudido; pero cuando bajé de la tribuna se me acercó el crítico, la única persona cuyo asentimiento, como a ti, me interesaba, y dándome palmaditas en la espalda, me dijo exactamente como a ti:

—Parece que pretendías abarcar en tu discurso todos o casi todos los aspectos de la vida... ¿por qué no lo hiciste?

El crítico, al hablar, ostentaba la más soez ironía, y en su pregunta involucraba insidiosamente estas otras:

—¿Verdad que la vida es un tema inconmensurable? ¿Verdad que no es tema al alcance de cualquier imbécil? ¿Verdad que no es tema a tu alcance?

Bajé los ojos avergonzado y confesé al crítico que había sido y sería por esa única vez audaz en mis propósitos.

Pero en realidad ocurría otra cosa: en aquellos días la vida estaba circunscrita para mí entre cuatro paredes y entre esas cuatro paredes una mujer a quien tú no conociste, era el sol de mi universo, todas mis empresas estaban suspensas de la arbitraria meteorología de sus ojos, y la vida, en consecuencia, no tenía a mi ver sino un solo aspecto, el más limitado y deleznable, el que aquella mujer, a capricho, quería darle.

El crítico estornudó, luego insistió:

—Espero que en otra ocasión seas menos audaz o más afortunado, pero de cualquier manera, deploro tu fracaso y quiero darte un consejo: trata siempre de medir tus fuerzas, no sea que alguna vez...

Pero en esto el crítico vio venir un tranvía, y con intención quizá de abordarlo, corrió desatentado hacia la esquina.

No por eso eché en saco roto el buen consejo, antes bien, desde entonces consagro dos días de la semana a la medida y ponderación de mis fuerzas, otros dos a la crítica despiadada de mis esfuerzos, otros dos al ejercicio bamboleante de mis esperanzas, y el séptimo, como Dios, al descanso.

Hebdomadariamente, por vía de lo mismo —de descanso—, rememoro las vicisitudes de mi pasión por aquella mujer que, unas veces por el recto camino de la carne y otras veces por las tortuosas veredas del espíritu, me llevó, en el transcurso exacto de un año, desde la duda que en amor como en todo es inquietud y dolor, hasta el conocimiento que en todo, como en amor, es paz y desencanto.

En el transcurso de ese año, el frenesí pasional me elevó por instantes a la región en que lo perfecto, lo sublime, lo absoluto, etc., etc.,

lanzan vislumbres eternas, pero la luz de los arquetipos fue demasiado cruda para mis débiles ojos mortales y hube de buscar atmósferas más adecuadas para ellos.

Descendí como tú a la poesía, escribí versos, como tú, desoladamente románticos; tanto, que no faltó quien por semejante debilidad se burlara de mí; más por tres razones no me arrepiento ni reniego de aquellos pobres poemas:

Una razón temperamental: que me daba la gana escribirlos, porque estaba yo en la edad florida de los deseos incontenibles; y la poesía, como el amor, es necesidad imperiosa en la adolescencia, saludable deporte en la juventud, y manía detestable en la madurez.

Una razón extralógica: que le encantaban a aquella mujer, y, como el amor, la poesía sólo puede hacerse en función de una mujer, si eres hombre, o de un hombre si eres pederasta, o del paisaje si eres onanista.

Y una razón histórica: que el tono de mis poemas era el tono de la época; los jóvenes cantaban canciones en que alternativamente jugaban o rompían “el bacará de su tristeza”; las señoritas exhibían en paños menores la “misticación de sus quimeras”; los filósofos rezumaban la nostalgia de una vida más bella y hasta los asesinos más protervos y hasta los funcionarios más ladrones y desaprensivos, en ratos de abandono, musitaban al oído de sus queridas, queridos o secretarios particulares: no crea usted, en el fondo, yo soy un sentimental...

Qué más que yo lo fuese, qué más que dentro de la rígida estructura de hierro y de concreto en que me tocó vivir, añorara el rococó novecentista; que más que soñara escribir con mi propia sangre una apasionada biografía que oponer a la escueta hoja de servicios que la administración pública me confeccionó, porque también —y de esto sí me arrepiento como de mis pecados— fui burócrata; sobre los escritorios de un ministerio se

me desvió el hombro izquierdo, adquiriré una desenfrenada afición al trámite y realicé absolutamente a conciencia el *mínimum ético* de todo empleado público, esto es: cumplí con mi deber, aspiré a un ascenso, y, llegado el caso, protesté las seguridades de mi más distinguida consideración...

Irapuato...

—Mi coronel, perdone que interrumpa su blando sueño, pero sólo tenemos veinte minutos para cenar; además, según recuerdo, quería usted comprar fresas; me parece muy bien que lleve usted una canasta de fresas a la familia; las familias agradecen siempre estos regalitos; sí, lleve usted a su mujer fresas de Irapuato o cajetas de Celaya, eso es barato y conmovedor... Desgraciadamente, el auge de los *quick-lunchs* y la detestable educación culinaria de las taquígrafas están minando los cimientos de esa venerable

institución que nuestros abuelos se complacían en llamar familia... Y a propósito... ¿Cuántos tiene usted de familia, mi coronel? ¿seis? ¡Qué barbaridad!... ¡Ah! Si yo tuviera familia, otro gallo me cantara; el motivo principal de la acendrada melancolía que usted me reprocha a veces, es ése, la nostalgia de un hogar, de un *sweet-home*, como dicen en los Estados Unidos; debe ser muy dulce desvelarse oyendo llorar a un beibi, como dicen en los Estados Unidos, aunque a mí, si he de ser franco, me disgustan los niños porque hablan el español como los chinos; debe ser altamente satisfactorio suscitar los celos de la propia consorte; debe ser delicioso afrontar la fraternidad postiza de los cuñados, y la contenciosa patria potestad de los suegros...

Por Navidad, especialmente, se me despierta un anhelo atroz de vivir en familia disfrutando goces tranquilos: la cristalería brillando en la mesa y yo en pantuflas y una esposa fea y gruesa pero abnegada, sonando los mocos a

los niños. Desdichadamente, mi coronel, parece que no nací para eso; desconozco en absoluto la pequeña y dulce ciencia de colgar cuadritos en la pared; como experiencia prematrimonial quise mantener a un gato y se me murió de hambre y una mujer con la que pretendí desposarme, se excusó diciendo que era yo un hombre de la calle; imagínese usted, un hombre de la calle como Sócrates, como Gabriela Mistral...

Hipólito Buelna incrusta un ajo entre los bostezos, y en el acto ronca otra vez, camino de la capital.

Cansancio del viaje, noche sin sueño, lividez helada del amanecer, desolación en la pradera, de la pradera interminable; postura y apostura grotesca de los pasajeros dormidos, olor nauseabundo del vagón, coro de ronquidos bestiales, llanto de una criatura, asco, vacío, asco y, flotando en una viscosa somnolencia, como corchos a la deriva, aquella frase de aquel brindis que pronunció aquel diputado en el ban-

quete aquel: "...el país ha entrado en un franco periodo de institucionalidad..." y el estribillo de aquella canción que cantó aquel trovador en aquella serenata que aquellos estudiantes dieron a la muchacha aquella: "Me importa madre que tú...", y cierto grito que cierto señor de calcetín blanco y choclos amarillos lanzó cierta vez en cierto baile: "Hey... familia... danzón dedicado a Juanita la lloviznita..." y el traqueteo de las ruedas del tren y el cerebro repitiendo irónica, isócronamente: institucionalidad... institucionalidad... institucionalidad... madre... madre... madre... lloviznita... lloviznita... lloviznita...

Morir... dormir... Profesional del adiós, experto en hastaluegos, muy más triste que la despedida fue siempre para mí el retorno; cuántas veces salí de mi casa, ahíto de esperanzas y ávido de paisaje; cuántas veces me despedí de las cosas familiares con la alegría de quien abandona un lastre y cuántas veces caí de nuevo en lo consuetudinario como en una cárcel, cuántas veces

volví de mis andanzas repitiendo tristemente el rotundo dístico de Giraudoux:

¿Quieres descubrir el mundo...?

36

Cierra los ojos...

Pues en verdad no hay París, ni Estambul, ni Nueva York que supere a las ciudades que por nuestra cuenta y riesgo edificamos...

—Teoloyucan... Tlalnepantla... Tacuba...

—Señores, por favor, sus boletos para México...

Donde se verá que la vida en la capital
no es tan turbulenta como piensan
los provincianos, ni tan sosegada
como las cónyuges
de los metropolitanos quisieran

37

—Tiene razón aquel señor que nos decía la otra noche con persistente gangueo y ademán de director de orquesta: “Como afirma no sé quién, el estado que las personas provecas acostumban añorar bajo el nombre de juventud, sólo es plausible en las prostitutas y en los caballos de carrera”. Tienen razón las leyes de la república que no conceden validez jurídica a los actos que los jovenzuelos concluyen antes de cumplir veintiún años; todos los muchachos que ayer a mediodía comenzaron con nosotros esta bacanal...

—Perdone, licenciado, usted que sabe griego, dígame ¿de dónde viene bacanal?

—Mire, Baldomero, ba-ca-nal no viene propiamente del griego; si usted tiene cierto espíritu de observación y se ha fijado en los tangos argentinos, recordará que usan con bastante frecuencia este giro: me tiré a la bacana... te tiraste a la bacana... se tiró a la bacana, etc.; ahora bien, refiere la leyenda que había una vez en Buenos Aires una mujer maravillosamente bella a la que llamaban, no se sabe por qué, la Bacana; ahora bien...

Pues como le iba diciendo, coronel, todos los jóvenes que comenzaron ayer con nosotros este pequeño agasajo, están a estas horas ahogados de borrachos o durmiendo con una mujer, lo cual quiere decir que juventud significa debilidad, puesto que los susodichos jóvenes no han sabido resistir ni al alcohol ni a la tentación.

—Hombre, no; lo que pasa es que a los jóvenes les pegan en sus casas; la familia es una temible institución y por lo que respecta al mito de la juventud y de la rebeldía juvenil...

—Pues de cualquier manera, coronel, los jóvenes se fueron; vea usted en cambio al pintor, vea usted al ingeniero soportando la juega a pesar de sus años, con una fortaleza y una serenidad verdaderamente dóricas.

—¿Dóricas...?

—Dóricas...

Hipólito Buelna ríe de este, para él, inusitado gentilicio; Hipólito Buelna que ha sido, entre otras cosas, funcionario público y padece como todos nuestros funcionarios el plausible —¡ay!— aunque tardío anhelo de instruirse o, como él dice, de limarse, saca del bolsillo un lápiz y un voluminoso vademécum o memorándum, en el que consigna las palabras que oye por primera vez en la vida, y, mojando el índice con saliva y volteando las hojas flemáticamente, llega por fin a la página cuatrocientos sesenta y ocho en la que escribe con orgullo y mala letra el flamante vocablo: Dóricas...

Y entre tanto su interlocutor prosigue:

—Cuando más, al ingeniero le da por cantar flamenco, cuando más, al pintor se le ocurre pronunciar arengas, alegando que su verdadera vocación está en la tribuna, y que si no triunfó en la tribuna fue porque jamás le permitieron subir a ella; en cuanto a mí, tengo la pretensión de ser uno de los mejores bebedores de la república, aquí está Meche que puede atestiguarlo, cierta Semana Santa...

La niña Mercedes —Meche— ostenta por hoy la sonrisa más deportiva y alegre de la temporada; sus dientes son exactamente como dijo el poeta: perlas del luminoso oriente; usa los ojos en consonancia con el cabello: brillantes y castaños, y la cabellera en consonancia con los ojos: undívaga y sedeña.

—Meche, a mi vez puedo atestiguarlo, no es testigo de cosas falsas; si usted fuera buen bebedor no lo estaría proclamando, pues sólo es borracho de veras el que sabe ocultar su borrachera, como sólo es inteligente el que tiene el

pudor de disimular su inteligencia; en cuanto a usted, Meche, quisiera aprovechar esta oportunidad para preguntarle si ha llorado alguna vez, porque tengo noticia de que ignora usted en absoluto ese feo arte; pero que no obstante, hay una cosa en el mundo que la hace derramar copiosísimas lágrimas, y es el panorama que se divisa desde su balcón...

—¿El panorama? ¿Cuál panorama?

—¡Ah!, pues el panorama. Dicen que desde su balcón se divisa un corral y en medio un árbol seco y más lejos un cobertizo de lámina gris y mucho más lejos un viejo campanario sin campanas y muchísimo más lejos una serranía azul, azul, y a veces también una luna amarilla, amarilla, amarilla...

—¡Caray! Licenciado, lo que son las cosas...

—De ser verdad, Meche, eso acusa en usted una sensibilidad que me hace amarla; aunque ya de antemano la amaba, porque cuando ríe, los ojos se le vuelven dos crucecitas...

—¿Dos crucecitas?

—Sí, dos crucecitas como los ojos de *Mutt and Jeff*...

42 —¡Caray! Licenciado, para que vea usted lo que son las cosas, yo que pensaba que así como de Brumel se deriva *bloomer*...

—No crea, Meche, no es cuestión de copas ni ociosa curiosidad la mía, pero quisiera saber cómo se le hacen los ojos cuando llora; es una duda que me ha desvelado noches enteras; existen, se habrá usted dado cuenta, existen problemas mínimos que desvelan; por ejemplo: ¿se ha puesto usted a pensar alguna vez qué haría un hombre tan pequeñito, tan pequeñito que para subir al suelo tuviera que saltar? ¿Se ha puesto usted a pensar alguna vez cómo puede un hombre normal resolverse a ser agente de inhumaciones? ¿En qué preciso momento, con qué motivo puede despertarse en uno semejante vocación? ¿Se ha fijado usted cómo en los ensueños nunca encuentra uno sillas en qué sentarse?

Esta última circunstancia, según recuerdo, provocaba largos y dolorosos insomnios a mi condiscípulo José Antonio que hace diez años vive en París, diciendo que es pintor y esperando que alguien le demuestre lo contrario...

—¡París!...

—¡Oh! París...

—Cuando París era París...

—¡Ay! Quién estuviera en París...

—Pues en París, joven amigo, lo mismo que aquí, lo mismo que en cualquier parte del ancho mundo, si es usted gente que sepa divertirse se divierte, y si no, se aburre. ¿Qué ciudad gaya y placentera hubiera divertido al dispéptico y ya difunto señor Rockefeller o a los archimillonarios proletarios que nos han dado paz y libertad? ¿Qué páramo, por espantoso que sea, podrá apagar la carcajada frenética de nuestro común amigo el coronel Buelna? ¿Qué yermo podría extinguir la alegría inextinguible que lleva dentro la niña Mercedes...?

—¡París!... Una mañana, casi de madrugada, llegué a París; el agua de un cielo turbio caía monótona y monocroma sobre un París negro y maloliente; busquemos, dije, al camarada José Antonio; y recorriendo calles en busca del susodicho camarada, sentí que me invadía poco a poco la más grata sorpresa, la sorpresa de no sentir emoción alguna frente al tantos años acariciado, algunas veces galvanizado y en ocasiones refrigerado sueño, hecho ya en ese momento, realidad: ¡París!...

Luego, en el hotel, ¿para qué salir a la calle?

Llueve y no vale la pena salir a mojarse para contemplar casas y gente, porque casas y gente las hay hasta en la patria más miserable, y a mi regreso, en la mía, Dios mediante, las veré... En cambio, aquí en el hotel, al despertar, José Antonio me relata invariablemente, de las tres de la tarde a las ocho de la noche, su pesadilla de la mañana anterior.

“Era yo pequeño como una liendre y me perdí entre las arrugas de una hoja de papel...

Visitaba yo las ciudades portentosas de Cíbola y Quivira colgado de las barbas de Álvar Núñez Cabeza de Vaca...

Era yo, por parte de madre, sobrino del Padre Eterno, pero una vez...”

Una hora de silencio y a las nueve de la noche José Antonio arreglándose la corbata, me decía: salgamos a la calle a comer algo.

Otra hora de silencio y a las diez de la noche saltamos y no comíamos, pero bebíamos hasta el amanecer, frente a la sonrisa refinadamente francesa de las prostitutas, y José Antonio, tartamudo, mareado y conmovido, me decía:

—Nunca te haré el agravio, querido Baldomero, de llevarte a visitar museos o edificios, tampoco te ofenderé nunca llevándote a visitar la tumba de Napoleón; haz examen de conciencia y dime sinceramente si te interesaron alguna vez las artes plásticas; dime si no te parecieron más bellos los palacios y las catedrales en tarjeta postal; acuérdate de tus más remotas amistades, y dime con lealtad si

conociste alguna vez a un tipo llamado Bonaparte. Iremos en cambio a los mercados a comer caracoles, como en otro tiempo íbamos de madrugada a comer mondongo a Santiago Tlatelolco...

Y al amanecer, más conmovido aún y menos tartamudo y más borracho:

—Cuánto te envidio, Baldomero, pronto comerás mondongo; pronto abandonarás este mundo mezquino y atormentado, este continente de esclavos; pronto vivirás otra vez la vida espléndida de América; espléndida, porque sólo allí pueden correr los ojos desenfrenadamente sobre la llanura ilimitada, ondulante, huidiza; espléndida, porque sólo allí puedes brincar triunfalmente desde el abigeato hasta la presidencia de la república, y viceversa; espléndida, porque sólo allí pueden forjarse sin ahorro ni previsión, fortunas bastantes para comprar la honorabilidad de un continente; espléndida, porque sólo allí es posible romper los espejos de las tabernas mediante un módico estipendio; porque solamente

allá puedes, sin desdoro alguno, golpear a los gendarmes y mearte en las buenas costumbres; espléndida porque solamente allí se disfruta la diaria, personal, amplia, anárquica y anonimística libertad, porque solamente allí se hicieron las leyes precisamente para violarlas... París... y en cuanto al placer...

—En cuanto al placer, señores, en cuanto al placer, ¡el pintor tiene ganas de cenar! ¿Alguno de ustedes podría recomendarnos algún restaurante económico y decente?

—¿Usted se va, licenciado? ¿Pero por qué, si apenas son las dos de la mañana? ¿Su mujer? ¡Oh! Una mentira piadosa lo arregla todo. Es verdad, las mujeres nunca pueden entender que un grupo de amigos se pase la noche, como ahora nosotros, jugando al dominó, bebiendo amontillado y discutiendo de toros, de política y de otras artes; pero de eso ni usted, ni nosotros tenemos la culpa, señor licenciado; por lo demás, abundamos en su misma opinión, las mujeres

sólo resultan deseables en muy escasos momentos y lo único malo estriba en que esos escasos momentos son precisamente los más trascendentales de la vida; pero de cualquier manera, licenciado, usted es muy joven y la juventud autoriza ciertos esparcimientos.

¿Lo hace usted sólo por evitarse enojosas discusiones? Pero licenciado, ¿es usted capaz de discutir con su mujer? Como decía muy bien un diputado, compadre de mi coronel Buelna, a la mujer, como al indio, hay que darle la razón aunque no la tenga, pero eso sí, no hay que darle sino la razón monda y lironda; ¿que el indio quiere tierras?, pero hombre, para qué si ya le dimos la razón; ¿que la mujer quiere alhajas, vestidos, etc.?, pero mujer, para qué, si ya tienes la razón... de manera es que insistimos, licenciado, acompáñenos, que una mentira piadosa lo arregla todo, ¿no es verdad, coronel Buelna?

¿Que si no cree la verdad, menos creará la mentira? ¡Oh! es que una mentira no se dice

para que la crean, sino únicamente para llenar el trámite, y un hombre de la imaginación de usted, licenciado, puede confeccionar muy bellas y útiles mentiras.

■ ■ ■ ■

—Mira, Manolo, cerveza para todos... ¡Ah! No, Manolo; mira, mi coronel Buelna toma coñac; antes tomaba mezcal, pero ahora —pues para qué peleamos—, prefiere el coñac...

—¿Quién es aquel señor despampanantemente ataviado?

—No sé, mi coronel, pero si usted se empeña, puedo presentarlo con él; tengo entendido que es un obrero organizado... ¡Ah! ya lo creo que trae buenos anillos, pero...

—Mire, artista, sea usted muy servido de dejar en paz al obrero organizado y vaya a traerse aquellas dos muchachitas que están solas y parecen estar muy aburridas, pues según entiendo, aquí hemos venido a divertirnos...

—Cierto, no hay que meterse en vidas ajenas, pero un hombre público, lo mismo que una mujer pública...

50 —Mire, artista, deje en paz a los hombres públicos, y ya que habla de mujeres públicas, váyase a traer a aquellas dos muchachitas... ¿usted no es mi alcahuete? ¡Hombre!, artista, qué más quisiera usted, pero de cualquier manera, aquellas dos muchachitas... ¡Caray!, artista, yo no he querido ofenderlo, pero de cualquier manera.

■ ■ ■ ■

El vaho azulenco de la gasolina comienza a desalojar de las calles eso que Ramón López Velarde, con singular olfato, llamó “el santo olor de la panadería”; los magnates de la banca, del comercio y de la política, seguros ya del porvenir de su tribu, hasta la décima generación, roncan con estruendo y placidez en alcobas horrendamente suntuosas, en tanto que los tristes malhechores al pormenor regresan a sus pocilgas desvelados

y hambrientos, después de arriesgar inútilmente la libertad o la existencia entre las sombras de la páfida noche; las vírgenes de buena familia incuban entre las sábanas su postrimer ensueño, y las putuelas mercenarias, junto al macho brutal sienten, al peso de la madrugada, las primeras punzaduras de la sífilis o de la tuberculosis; y el sol, sudoroso gañán, se despereza y barniza oblicuamente de amarillo canario los cimborrios de las iglesias, mientras las chimeneas de baños y panaderías hacen ostensible poco a poco su luengo y parsimonioso penacho de humo en la atmósfera sucia de las cinco de la mañana.

51

Entonces, nos despedimos afectuosamente el pintor, el coronel Buelna y yo, después de que mi coronel y el pintor hubieron dirimido, en un pequeño *match* a seis rounds, humos de juerga, motivos nimios y discrepancias de criterio.

En este capítulo interviene
en una forma incidental,
pero importante, el por unos bendecido
y por otros vituperado amor

53

A veces sufre uno porque se le despega la suela del zapato, porque se le rompe el pantalón o porque entre todos los hijos de los hombres sólo el nuestro —desdichado— no tiene un juguete para jugar o un dulce que llevarse a la boca; y estos dolores, no por ser pequeños, dejan de ser grandes...

Pero como dijo el diputado Anguiano en aquel memorable discurso que pronunció en ocasión de las fiestas patrias, encaramado en el kiosco de música de la plaza principal de Indaparapeo, como dijo el diputado Anguiano, ¿recuerda usted?: “hay que hacer caso omiso de todas aquellas cuestiones que no constituyen un problema nacional”.

No se desmoralice, pues, mi coronel, que en este mundo no hay cosas irremediabiles salvo la muerte, y eso porque la muerte es, en cambio, el remedio supremo... Alguien dijo al rey Midas: lo mejor para el hombre sería no haber nacido, pero una vez que nacimos hay que vivir y que morir cuanto antes...

—¿Quién es el rey Midas...?

—Pues no lo conocí personalmente, mi coronel, pero de todas maneras mientras nos quede la vida nada habremos perdido, y si la perdemos ¿qué nos importan ya las cosas de la vida? Y si no la perdemos, repito, nada habremos perdido, mi coronel, puesto que aún tenemos la vida.

Lo peor que puede sucedemos es morir, pero una vez muertos, mi coronel, ¿qué nos importan ya la vida y la muerte? Y mientras la muerte no llegue, ¿qué cosa peor que morir puede sucedemos en la vida?

No se preocupe, pues, y mucho menos por cuestiones de dinero, que en esta tierra bendita,

hambre nadie padece, y las cuestiones de dinero, si tiene usted dinero, se arreglan con dinero; y si no tiene dinero, se arreglan sin dinero; provisionalmente, mande al carajo sus compromisos, y no pierda la línea, pues más vale ser ladrón que limosnero; tome las cosas de donde las haya, y no pida ni llore a nadie; que el hombre que pretende guarecerse de la lluvia bajo los árboles, mi coronel, se moja dos veces, primero con el agua de la lluvia, y después con el agua de los árboles...

Aquí donde usted me ve, yo iba para licenciado que volaba, y en los libros aprendí muchas cosas, entre otras ésta, mi coronel, que el que no tiene derechos tampoco tiene obligaciones.

Nada debemos a nadie, la poca alegría de que hemos disfrutado siempre la pusimos nosotros, porque la vida, a lo que parece, se ha propuesto fregarnos de un hilo; y si no, dígame usted mi coronel, ¿qué le dieron los amigos, sino desengaños?, ¿qué le dieron sus queridas, sino disgustos?, ¿qué le dieron los cantineros, sino venenos?, ¿qué

le dio a usted su mujer, sino hijos?, ¿y qué le darán sus hijos, sino nietos?, ¿y qué le darán sus nietos, sino biznietos?... Y ni quejarse es bueno, porque demasiado sabemos que el encino no ha de dar sino bellotas.

Pero no se desmoralice, mi coronel, que usted tiene madera de político de éxito, hombre de triunfo, y algún día, pronto tal vez, le llegará su turno... ¡Ah! Yo quisiera tener esa noción primaria de las cosas, esa avidez de todo, esa facilidad para olvidar injurias y para recordar onomásticos, ese certero instinto predatorio, esa sordera que le permite a usted no escuchar lo que no quiere, mi coronel, porque con todas esas cosas tendría yo automóvil, queridas, dinero y a media república bajo mis plantas, aunque el automóvil sólo me sirviera para encandilar muchachitas idiotas; las queridas para solaz de mis amigos, y el dinero para hacerme pendejo solo creyéndome muy rico.

Ésta es la primera vez que no le oigo reír, ésta es la primera vez que le veo fallar por pequeñas

cuestiones de crédito que guardar y honra que mantener; como luego dicen: la mejor mula se me está echando, y usted, mi coronel, se me está volviendo purpurino o puritano, que no sé a punto fijo cómo se dice; se me está volviendo puritano o purpurino cuando menos debe hacerlo.

Recuerde aquel dicho que dice que el cabrón siempre es cabrón y el chivo hasta cierto punto; que el borrego es agachón y el pobre lo es todo junto: chivo, borrego y cabrón. Hay que salir de pobres, porque estamos ya en la edad en que nada se consigue sin dinero y, como dijo Lerdo, mi coronel: ahora o nunca...

El cartelito de abigeo, tahúr y contrabandista, que, sin merecerlo, conquistó usted en la frontera, ya ni Dios Padre se lo quitará de encima, pero cuando sea usted poderoso, nadie osará echárselo en cara; aproveche pues la oportunidad que le brindan para irse arriba y no se ande con remilgos, que si va usted escarbando en el *pedigree* de cada familia prócer —de las de

antes y de las de hoy—, se encontrará con que el fundador fue siempre un abigeo, un estafador, un gángster, un alcahuete, un cómico de la legua, una puta de postín o un abogado de prestigio.

Sea usted el fundador de una casa ilustre, sea usted la primera piedra, dicho sea sin ofenderlo, de una rancia estirpe; que mañana, mi coronel, luzca su efigie venerable en el salón de recepciones de sus biznietos, que ya para entonces, en la nariz de su efigie venerable nadie encontrará las rojeces que dejaron el tequila de Jalisco, el mezcal de Oaxaca, la charanda de Michoacán, el sotol de Chihuahua, el bacanora de Sonora, el resacao de Guerrero, el tepemete de Durango, el nanche de Veracruz, el pinos de Zacatecas, el cerro prieto de San Luis, el periqueño de Sinaloa, el xtabentún de Yucatán y los chumiates de Toluca.

Funde usted una casa ilustre, mi coronel, que desde hoy le propongo para ella esta divisa fuerte y altanera: vale verga hacer zapatos —vale más comprarlos hechos...

A caballo dado no se le ve colmillo, acepte usted sin regatear la comisioncita que le dan, que si la cumple con eficacia se le abrirán, ipso facto, todas las puertas que hasta hoy se le han cerrado. ¿Quiere usted llevar una vida ejemplar a estas alturas? Pues yo le garantizo que mientras vayamos como hemos ido siempre, fracasando sin truco, de pueblo en pueblo, ni sus propios hijos le agradecerán el ejemplo.

¿No quiere usted salir de México? ¿Esa muchachita? ¿Su taquígrafa? ¡Ah! Sí; bastante guapa, pero permítame que le repita lo que usted me dijo hace año y medio, cuando nos encontramos en aquel cabaretucho de mala muerte, poco antes de salir para Sonora: todavía me suena en los oídos la carcajada que soltó usted cuando le confesé que yo no quería salir de México porque estaba enamorado... ¡Ah! Mi coronel, parece mentira que a su edad. Parece mentira que una liebre corrida como usted... Conque enamorado a los cuarenta y cinco años... ja... ja... ja...

Ridículo, mi coronel, tan ridículo como si ahora se le fuera ocurriendo a usted hacerse futbolista... ¿Conque pretende usted volver a casarse? ¿No? Ja... ja... ja... Permítame que me ría, y permítame que le dé un buen consejo.

Ya que enviudó usted, ya que Dios le hizo la merced de quitarle a esa excelente señora que fue su esposa, respete la voluntad divina, permanezca viudo y aproveche la circunstancia; que la mujer, por buena que sea, no deja de ser un lastre para el hombre de aspiraciones. Y no se vuelva a casar. Ya sé que su perro vicio son las mujeres, y ahora a mí me toca hacerle el ofrecimiento que me hizo usted hace año y medio: ¿cuántas quiere? Dígame nada más la pinta, y yo se las consigo; porque además, en esto como en todo, debemos ser consecuentes con los principios socialistas por los que hemos venido propugnando desde hace quince años.

No sabe usted, mi coronel, lo molesto y humillante que resulta para el conglomerado social

la pública, pacífica y no interrumpida posesión de una sola y única mujer, por un solo y único individuo... ¡Oh! El día en que todas las mujeres sean de todos... “*E pluribus unum - in God we trust*”, como dice la leyenda de los dólares...

Y no me alegue usted la razón clásica: mis hijos necesitan el calor de un hogar. Los niños, mi coronel, solamente deben interesar al Estado en vista de las posibilidades que encierran; si de hombres realizan las posibilidades que encerraban cuando niños, nos interesa el hombre y no el niño; si de hombres no realizan las posibilidades que encerraban cuando niños, entonces, mi coronel, no nos interesa ni el niño ni el hombre; y para que el niño se realice, hay que dejarlo libre, libre sobre todo de esos morbosos problemas de ternura y amor filial tan caros a nuestros mayores. ¿Para qué quiere usted, mi coronel, que sus hijos le amen? ¿Para qué necesitan sus hijos que usted les ame? Provea a la alimentación de esos muchachos en forma competente y no se

emocione, que la emoción es el peor enemigo de las grandes empresas: de la guerra, del comercio, de la industria, de la política y de todo aquello que requiere eso que don Carlos Pereyra llamaba alma sin alma y que en mi tierra, con más sustancioso criterio, llaman huevos.

Una de las causas —la principal quizá— de que nuestro Pancho Villa diera dado y a la postre no convenciera sino a los turistas, consistió en que nuestro Pancho Villa, al igual que las señoritas quedadas, los niños consentidos, y los asesinos madrugadores, era cobarde y sentimental, irascible y llorón... y como usted, mi coronel, tenía el perro vicio de las mujeres.

¿Conque la muchachita esa, no? Claro que en lo tocante a piernas no anda mal la mocosa, es además una chica excelente, sin más defecto que una madre anciana y una desmesurada vanidad que sostener. Desde luego no sería usted el primer funcionario que se casara con su taquígrafa, pero no creo que haya necesidad de recu-

rrir a tal extremo. Ocorre que como dicen los clásicos, está usted confundiendo el amor con las ganas de folgar, que esa muchachita se ha dado cuenta de ello y por eso le está poniendo las peras a veinticinco; pero si usted me autoriza, yo trataré de convencerla de que un funcionario de limpios antecedentes socialistas como usted, no puede, sin grave detrimento de su prestigio político, incurrir en vicios tan notoriamente burgueses como fundar un hogar, comprar un radio o pagar a sus acreedores.

Por lo demás, éstas son cuestiones en las que yo, por más adicto amigo y fiel servidor que sea de usted, no quisiera inmiscuirme; usted sabe su cuento, si está por el casorio, cátese, pero le garantizo que en cuanto sea usted gente y esa niña se percate de ello, en cuanto asegure su posición cerca de usted, le dará por adquirir notoriedad; en cuanto se dé cuenta de que lo tiene a usted cogido por el sexo, se pondrá sistemáticamente en plan de neurastenia superior y para distraerse

le dará por patrocinar, a costa de usted naturalmente, sociedades de beneficencia, por organizar fiestecitas sociales, por jugar jueguitos aristocráticos, por practicar gimnasia sueca, lésbica o del país con sus amiguitas, por enamorarse de cualquier pendejete esnob y, en fin, ponerlo a usted en evidencia ante los ojos de nuestros correligionarios y amigos...

¿Qué quiere decir esnob...? Hoy en la noche veo en el diccionario y mañana le informo a usted, mi coronel...

Pero desde luego, nada de eso sería bochornoso para usted puesto que siendo usted un hombre a carta cabal tendría, por definición, que ser cornudo. Y no se extrañe ni se ofenda, su ídolo, el inmenso Bonaparte, fue, sin menoscabo de su fama, el más estupendo cabrón. Llegado el caso podría yo ofrecer a usted para su consuelo otros muchos ejemplos además del de Napoleón y, por si acaso no fuera bastante, podría ofrecerle también una bien sentada jurisprudencia: “el que no

es cabrón no es hombre”; “no es defecto ser cabrón cuando la mujer es puta”; “desde nuestro padre Adán hasta los santos varones toditos son cabrones y los que no son, serán...”, etc., etc.

Es verdad que la muchachita vale la pena, como ha observado usted muy bien, tiene un gran temperamento, pero si se casa usted con ella, lleva usted el riesgo de adquirir —como dicen los juristas— la nuda propiedad pero no el usufructo de ese temperamento. No sé dónde leí, mi coronel, que las mujeres son como los violines, que no cualquier idiota las hace vibrar.

Los hombres serios, los hombres consagrados a una alta misión, los hombres a quienes todo el mundo tiene interés en engañar, deben darse por engañados de antemano y proceder en consecuencia... Como decía el risueño y generoso Manco de Celaya: no hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos, ni mujer que resista un automóvil. Obséquiele usted a esa muchacha un packard y una casita;

duerma usted con ella tres o cuatro veces en esa casita; mande usted a buscar al novio o amante desdeñado, reconcílielos y cáselos, sea usted el padrino de la boda, hágale a la feliz pareja un regalo decoroso en numerario, mueva usted sus influencias y consígale a él un honesto modus vivendi, y, déjelos en paz, que ellos le vivirán eternamente agradecidos y usted quedará satisfecho del pasado y tranquilo para el porvenir...

No quisiera yo verlo, mi coronel, distraído de sus graves deberes políticos por una mujer, permítame que le diga, abusando de la confianza que usted me dispensa, que eso es ridículo y peligroso, sobre todo a su edad, sobre todo cuando está usted a punto de conquistarse una envidiable posición...

Y hablando de cosas más serias, siga usted mi consejo, acepte la comisioncita que le ofrecen, que ése puede ser el primer escalón de su grandeza... ¿qué porvenir le espera en ese empleo que ahora tiene? Hay que mirar adelante, mi

coronel, a pesar de nuestras convicciones debemos tener en cuenta que el dinero sigue siendo el amo del mundo y, como decía yo antes, estamos ya en edad en que nada se nos da gratuitamente. Ya que no tenemos madera de mártires, ni tamaños para renunciar a todo, tengamos por lo menos la necesaria enjundia para conseguirlo todo a cualquier costa... y vámonos de aquí, vámonos de esta ciudad cuya dulzura nos está afeinando, vámonos a donde haya que pelear con los hombres o con las fieras, con los elementos o con nosotros mismos; vámonos a donde no haya mujeres que ya sabe usted, mi coronel, que las mujeres, como el tomate, le quitan la fuerza al chile...

En donde se verá cómo el atildado
licenciado Don Estanislado Maldonado
abrió al coronel Buelna, y por ende
a un servidor, las puertas
del hermético porvenir

69

El atildado licenciado don Estanislado Maldonado, jefe del Departamento de llagas, hecatombes y conmemoraciones, me recibe con la mundana displicencia de quien vio la luz en Tecamachalco y mamó —*honni soit qui mal y pense*— la educación en Oxford o en la Sorbona.

—Señor licenciado —dije—, vengo de parte de mi coronel Buelna para ultimar con usted los detalles del asunto aquel de la concesioncita...

El atildado licenciado cruza la pierna, se arregla la raya del pantalón, se lima cuidadosamente la uña del dedo meñique de la mano izquierda, sopla levemente sobre la mencionada uña del referido dedo de la susodicha mano,

sigue con la vista el vuelo precario de una mosca, me ve como si acabara de descubrirme y dice:

—Pero ¿por qué no se sienta usted, joven?

70 Y luego, dirigiéndose a la taquígrafa:

—Chabela, dígame a Felipe el ujier que si viene a buscarme la señorita rubia y delgada que vino el otro día, la haga pasar en el acto... conque ¿decía usted, joven...?

—Vengo, señor licenciado, de parte de mi coronel Buelna para tratar el asuntito aquel de la concesión...

—Ah sí, es verdad, dígame al coronel Buelna que... Mire Chabela, dígame a Felipe que si viene a buscarme una señora gorda y morena le diga que estoy en acuerdo con el ministro... Caray joven, a veces se le amontona a uno el quehacer... conque ¿decía usted?...

—Vengo de parte del coronel Buelna, señor licenciado, para tratar con usted el asuntito aquel de la concesioncita...

El atildado licenciado mira con ojos absor-

tos el cordón del transparente que, a impulsos del viento, se balancea en el viento, se balancea en el vano de la ventana; el atildado licenciado mira con ojos más absortos aún el puntito de luz que un rayo de sol, entrando por la ventana, pone en el latón de una escupidera; el atildado licenciado mira con ojos mucho menos absortos la feliz combinación que forman los zapatos de la taquígrafa con las medias de la misma y las medias de la misma con las piernas de la taquígrafa; el atildado licenciado efectúa, en suma, eso que en jerga de tauromaquia se llama: desparramar la vista... y el atildado licenciado me dice, al fin:

—Mire, joven, me dispensa, pero no podría en estos momentos tratar ese asunto con la amplitud que requiere; no hay nada peor que las oficinas públicas para tratar los asuntos oficiales, de manera es que tenga la bondad de decir al coronel Buelna que mañana, si gusta, lo espero a las dos de la tarde en La Fama Italiana para to-

mar el aperitivo y charlar de este negocio... ¡ah!
Y a ver si comemos juntos... ¡ah! y si usted quiere
acompañarnos, joven, tendría yo mucho gusto

72

■ ■ ■ ■

—Desde luego, coronel, yo no pretendo que el asunto este sea absolutamente limpio, pero tampoco es absolutamente sucio, además nos puede dejar algún dinero y váyase lo uno por lo otro.

—¿...?

—¡Ah! Sí, desde luego, quiero que usted se encargue de él, no porque yo tenga miedo de salirle al toro; pero, como usted debe comprender, mi situación social y política me impide por el momento aparecer como juez y parte en negocios de esta índole.

—¿...?

—¡Oh! No tenga cuidado, coronel; es lástima que usted no sepa historia, la erudición histórica ayuda mucho a quitarnos escrúpulos pende-

jos, pero además no necesitamos saber historia para darnos cuenta de la clase de tipos que son nuestros más conspicuos contemporáneos; fíjese, por ejemplo, en aquel señor gordo suntuosamente ataviado, que preside aquel comelitón; pues allí donde usted lo ve tan serio, es un señor omnipotente además de ser un pobre idiota; es un señor que con su adiposa, paternal y enjorada mano reparte ceses y canonjías, conforme a la vieja fórmula aristotélica: a cada empleado según sus relaciones, y a cada mecanógrafa según sus gracias; aquel señor es el árbitro en los destinos de la pequeña burocracia que, como usted sabe, constituye las tres cuartas partes de nuestra población; aquel señor es, en suma, un alto funcionario y según parece está hoy de plácemes y ¿sabe usted por qué, coronel?, pues porque a creer lo que se afirma, la inasequible Chelito Montespán cayó al fin en sus redes, como él llama, con bello eufemismo, a esa parte de los hombres en que suelen caer las mujeres...

73

Me contaron que el alto funcionario estuvo anoche a cenar con la Chelito; fue, naturalmente, una cena íntima; el alto funcionario y ella estuvieron solos, es decir, en rigor no estuvieron solos, pero como si lo hubieran estado, pues únicamente les acompañó ese diablo de Cabrerita que conoce a tanta gente, que es tan divertido y que sabe retirarse tan a tiempo...

Pero como la felicidad no es completa si no se comparte, hoy, en esta fonda de medio pelo, el alto funcionario —que maguer sus nalgas gigantescas se siente bohemio y sentimental— ha invitado a comer a sus amigos para referirles de sobremesa o si prefieren, entre platillo y platillo, la estupenda aventura galante que corrió ayer. Cierto que la aristocrática Chelito recomendó al alto funcionario, como recomienda a todos sus amantes, la más absoluta reserva, pero el hecho de que el alto funcionario relate pormenorizadamente su aventura, no significa en modo alguno indiscreción,

puesto que las catorce personas que usted ve a la mesa son, todas ellas, dis-cre-tí-si-mas...

Pues qué barbaridad, aunque ustedes no lo crean, el funcionario no se presenta desde ayer por su casa; apenas tuvo tiempo, hoy en la mañana, para darse un baño turco, un masaje y pasar a la oficina precipitadamente a firmar el acuerdo y a invitar a sus amigos a esta pequeña convivialidad; pero es que esa famosa Chelito, quién sabe qué se unta que materialmente no puede uno desprenderse de ella; a su lado el alto funcionario no sintió correr las horas; toda la noche estuvo encantadora, como es ella, a ratos infantil y a ratos complicada, con un algo de Washington y cuatro de Nemrod, que diría Darío; cantó, bailó, bailó desnuda, lloró e hizo otras muchas cosas excelentes, y todo para él, exclusivamente para él.

¡Ah! Y también dijo versos, a los que es muy aficionada, e instó al alto funcionario para que recitara, a su vez, los que supiera, y el alto fun-

76 cionario deploró no recordar en ese momento unos muy apasionados y, aquí entre nos, un poco fuertes, que él mismo, el alto funcionario, compuso hace ya más de diez años a los senos turgentes de una mujer morena... pero otra vez sería; ya organizarían una fiestecita bohemia con guitarras, trovadores, poetas y todo...

—¿...?

—Pues bien, coronel, ¿cree usted en la honradez de ese tipo? Hace cinco años era un infeliz que no tenía en qué caerse muerto, un pobre diablo que andaba a salto de mata, sableando a todo mundo, y ahora, ya lo ve usted: brillantes en los dedos, en la corbata y hasta en la nariz; automóviles de todas marcas; palacete en las Lomas; quinta en Cuernavaca, leonero en Acapulco; queridas rubias, morenas y entreveradas, que si es cierto que se pitorrean de él a diestra y siniestra, en cambio le cuestan un ojo de la cara, y todo ¿por qué, coronel?, ¿qué tiene ese tipo que no podamos tener nosotros y por qué no

hemos de poder tener nosotros todo lo que tiene ese tipo?

—¿...?

—¿Cómo...? Ahorita vaya explicarle, coronel; el mundo de hoy no es el mundo de antes, o mejor dicho, el mundo de hoy sigue siendo el mundo de antes; la gente de hoy, como la gente de antes, se paga sobre todo de palabras que no entiende, por una palabra armamos una bronca y después de la bronca venimos a caer en la cuenta de que la palabra por la que se armó la bronca no quería decir lo que creíamos que quería decir.

No sé si se habrá usted fijado que de pronto una teoría, una frase y hasta una palabra conmueven al mundo; de pronto una teoría, una frase y hasta una palabra se lanzan a la circulación sin que nadie sepa de dónde salieron, ni por qué ni para qué salieron; y la teoría, frase o palabra rueda, se propaga y crece como la clásica bola de nieve con la única diferencia de que en el caso de la bola de nieve, todo mundo sabe

que se trata de una bola de nieve, pero en el caso de la teoría, frase o palabra, nadie sabe nunca de qué se trata.

78 No sé, por ejemplo, si se habrá usted fijado que desde hace más de veinte años, los políticos, los periodistas, los estudiantes, etc., nos acata-rran con esta frasecita: la inquietud del momen-to... por la inquietud del momento —una fra-se—, la romántica juventud de 1910 se lanzó a la conquista de otras dos frases: el sufragio efec-tivo y la no reelección. Y nos aconteció lo que al tartamudo del cuento, que practicó durante años y años la pronunciación de la palabra cine-matógrafo y cuando logró decir correctamente cinematógrafo, ya todo el mundo decía simple-mente cine; pues ahora resulta, que ya ni en los países bárbaros, ni mucho menos en las nacio-nes civilizadas, se usa el sufragio efectivo y la no reelección.

Por la inquietud del momento, los campesinos de la república se lanzaron hace tiempo, fu-

79 sil en mano, a la defensa de este lema o frase: tierra y libertad. Han corrido los años, ha corri-do la sangre y con excepción de algunos líderes aprovechados que acapararon la tierra y arro-jaron sobre los ingenuos agraristas la culpa de horrendos crímenes, los campesinos seguirán, ¿quién sabe hasta cuándo?, siendo esclavos de una tierra que no es de ellos, y que cuando es de ellos, no la pueden, no la saben o no la quieren trabajar. No se ha realizado, pues, el agrarismo como lo soñó Zapata, aquel Quijote nostálgi-co y generoso, aquel aristócrata del sentimiento, aquel hombre de la más fina ley espiritual. No se ha realizado el agrarismo —problema funda-mental de nuestra patria—, pero en cambio aho-ra sabemos —maravillosa frase— que al indio hay que darle la razón aunque no la tenga y que —espléndido lema— la tierra debe ser —aunque naturalmente no es— de quien la trabaja...

Cuando el atildado licenciado llegaba a este punto de su peroración y mi coronel Buelna es-

cuchaba casi dormido, Marta, la mesera de lindos ojos de venado, se acercó a nuestra mesa y preguntó:

80 —¿Qué cosa van a tomar los señores...?

Y cuando los señores hubimos expresado nuestro deseo, la graciosa muchacha se alejó moviendo las caderas con aquel rítmico ritmo que endereza los más muertos anhelos; y entonces, el atildado licenciado, mi coronel Buelna y yo, comprendimos cuánta razón asiste a quien afirmó que todo es vano e inútil ante una aleatoria nalga de mujer, que, como en el conocido verso, pasa sobre el abismo de nuestras tristezas... y, tras breve silencio el atildado licenciado dijo:

—Carne para choferes...

Y una vez que mi coronel Buelna y yo, con honda melancolía, movimos la cabeza en señal de asentimiento, el atildado licenciado con la voz trémula y los labios reseco prosiguió:

Este capítulo es, para valernos de un giro cervantino, el que sigue del anterior y el anterior al siguiente

81

(¡Oh Girodoux, maestro ineficaz! Las leyes inexorables de la herencia y el contrastado clima en que discurrió mi vida, no me permitirán jamás sentir las cosas con aquella risueña plenitud con que usted las siente, ni decirlas con esa precisa volubilidad con que usted las dice, pero de todos modos creo que tiene usted razón; de todos modos creo como usted que no hay, sobre la faz variolosa de este bajo mundo, satisfacción comparable a la del escritor que estampa las primeras frases de un capítulo, sobre todo si las estampa acuciosamente con esa bella letra inglesa hoy en desuso, y, sobre todo, si las frases que estampa con esa bella letra inglesa hoy en desuso, son tan vacuas e inmortales como las que el atildado licenciado don Estanislado Maldonado

pronunció con labios reseco una vez que Marta, la mesera de lindas caderas, se alejó de nuestra mesa).

82 El atildado licenciado, dirigiéndose al atento auditorio que constituíamos mi coronel y yo, dijo:

—Los gobiernos, coronel Buelna, los gobiernos, joven amigo, han tratado siempre de encerrar en una fórmula salvadora y fácil el anhelo supremo de sus gobernados: “*Liberté, égalité, fraternité*”, “Camino y escuelas”, “Sufragio e irrigación”, “Salud y pesetas”, “Dios, rey y dama”, “Jotos y ases”, “Chocolate de metate y música para bailes”, “Administración y derrumbes”, “*Safety first*”, “Amor, orden y progreso”, “*Deutschland über Alles*”, “Ruleta y economía”, “Constitución y reforma”, “Peralvillo Belem”, “Lo tuyo mío y Lo mío mío”, etc., etc., etc... Palabras, coronel Buelna, palabras joven amigo, palabras que no remedian ninguna necesidad, que no satisfacen ningún anhelo, que, incluso, no señalan ningún rumbo; palabras que no son otra cosa que an-

zuelo para pendejos, calce para oficios y regocijo para burócratas y taquígrafas.

Ahora bien, coronel Buelna, ahora bien, joven amigo, aunque me vean ustedes tan bien peinado, aunque tenga ya como cualquier líder los bajos apetitos de un sucio y acomodaticio burgués, nada hay —se los juro—, nada hay que me encabrone tanto como la precaria situación del proletario.

Demasiado sé —¿fue Marx quien lo dijo?—, demasiado sé que los problemas del proletario sólo el mismo proletario será capaz de resolverlos, será, óiganlo ustedes bien, será capaz pero todavía no es capaz y hay que ayudarlo a que sea capaz... el viento está soplando de la izquierda y es idiota ponerse contra el viento y yo, coronel Buelna, yo, joven amigo, hombre de mi tiempo, he resuelto consagrar todas las luces de mi inteligencia, he resuelto poner en juego todos los resortes de mi voluntad para la consecución de este único y noble fin: contribuir en cuanto me sea posible a la pronta redención de las masas,

83

combatir en la medida de mis fuerzas contra el fanatismo, el vicio y la miseria en que, desde hace siglos, se debaten las masas...

84 Al decir esto, el atildado licenciado cruzó el cuchillo y el tenedor y los depositó delicadamente sobre el plato, ya vacío, de langosta a la mayonesa que acababa de finiquitar; llenó con pulso firme su copa y las nuestras con un rubio y delicado Chablis; apuró el contenido de su copa; tomó una servilleta y con ella se limpió la boca con la mano izquierda y emitió discretamente un pequeño regüeldo o eructo, retiró el plato, puso los codos sobre la mesa y prosiguió:

—Pero es tiempo ya de mandar al carajo las fórmulas, coronel, al carajo las palabras, las frases hechas, las teorías y los teorizantes; ha llegado la hora de obrar, coronel, que ya san Cuilmas lo dijo: el bien es acto puro...

En esto Hipólito Buelna que desde hacía mucho rato se debatía en su asiento, presa de una extraña inquietud, se levantó diciendo tímidamente:

—Dispéñeme un momento, licenciado, ahorita regreso, ¿por dónde queda el W. C.?

A lo cual el atildado licenciado, descendiendo del tono tribunicio al familiar, contestó:

85

—Camine usted por la izquierda hasta el fondo y luego a la derecha, coronel...

Y mientras Hipólito Buelna atravesaba el salón con su lento y seguro paso de hombre del campo, el atildado licenciado, todavía en tono familiar, dijo dirigiéndose a mí: —Buena pieza este coronel Buelna, ¿no?

Y al formular esta pregunta extrajo del bolsillo una hermosa cigarrera de Eibar y me ofreció un cigarro que no acepté, entonces él sacó uno displicentemente, guardó la cigarrera y sacó el encendedor que prendió al tercer intento; encendió su cigarro, displicentemente guardó el encendedor y fumó con fruición y elegancia en tanto que a mí una negra melancolía me llenaba el espíritu no sé si porque en aquel momento se me recrudecía el largo e insatisfecho deseo

de efectuar acto de varón con la dulce Marta, o porque, como dijo el poeta, después de comer todo animal es triste.

86

Ya en esto Hipólito Buelna regresaba hacia nuestra mesa abrochándose la bragueta y diciendo cosas a las meseras; llegó al fin, se sentó con el aire hondamente satisfecho de quien se ha quitado un gran peso de encima, y mientras masticaba un palillo de dientes, inquirió:

—Conque ¿decía usted, licenciado?

Y el licenciado:

—¡Ah!, pues decía yo que ya es tiempo de movernos, coronel, y voy a explicarle mis ideas y mis proyectos sobre este particular.

Dos cosas mueven al mundo: la necesidad y el amor, decía no sé qué ridículo filósofo; por dos cosas trabaja el hombre: por comer y por folgar con hembra placentera, decía no sé cuál cura glotón y risueño. En nuestra patria, coronel Buelna, el pan, a Dios gracias, no es tan escaso ni cuesta tanto trabajo conseguirlo; en nuestra

tierra providente se necesita ser pendejo de los propiamente dichos para morirse de hambre, y el problema de la subsistencia, hasta hoy, no es dichosamente ningún problema; pero no sólo de pan vive el hombre, y, tratándose de la carne, la cosa cambia, coronel.

87

Ese cúmulo de prejuicios imbéciles que dejó la religión católica a nuestras mujeres; esa serie de dañosas tonterías que andan por ahí en sentenciosa forma de refranes: o la fruta bien vendida o podrida en el huacal... más vale pájaro en mano que ciento volando... etc., etc.; esa idea israelita de que las cosas son para venderse y no para disfrutarse hacen que fuera de la capital, por todos los ámbitos de la república, las mujeres languidezcan faltas de riego, en tanto que los jóvenes se ven torturados por una inextinguible sed de amar que frecuentemente se resuelve en onanismo, literatura, pederastia, bestialidad o matrimonio.

¿Faltan mujeres...? No, coronel, no faltan; conforme a las últimas estadísticas corresponden

a cada varón en la república diecinueve mujeres y tres hermafroditas, pero dentro del régimen capitalista en que vivimos el problema de la carne, como el de toda otra riqueza, es problema de distribución.

El atildado licenciado tomó un sorbo de vino y dejando caer lentamente las palabras, prosiguió:

—Pues bien, coronel. Yo, con la ayuda de usted y de otros hombres de buena voluntad, que espero no nos faltarán, me propongo resolver ese problema...

Aquí el atildado licenciado hizo un silencio o pausa que ni el coronel Buelna ni yo osamos interrumpir y luego añadió:

—Pero aún hay más, coronel, pero aún hay más, joven amigo, a la sentencia del reseco filósofo, al adagio del clérigo libidinoso y gordo, debo agregar algo de mi cosecha, pues el hombre de nuestros días, además de hambre de pan, y de hambre de mujer, padece hambre de esperanza...

—Esperanza... esperanza... todos hemos tenido alguna Esperanza en nuestra vida... ¿se acuerda usted, coronel, de aquella Esperanza que me trajo de cabeza hace dos o tres años? Gracias a los consejos de usted no me casé con ella... ¡ay coronel!, quizá allí estaba mi felicidad; se acuerda usted, tenía los ojos verdes con rayitas doradas... ¡ah! coronel, ¿por qué se interpuso usted en mi camino cuando iba yo que volaba hacia la felicidad que ya nunca en la vida volveré a encontrar...? ¿Se acuerda usted, coronel, qué bonitas piernas tenía Esperanza?, ¿de quién serán ahora aquellas piernas?... Esperanza... se acuerda usted, coronel... en ninguna parte hemos vuelto a correr aquellas juergas gloriosas que corríamos con Esperanza, en las orillas del Yaqui cuando bajábamos de los campamentos del Bacatete en busca de carne, anovillados por un mes de forzosa castidad... ¿recuerda usted, coronel, la casa de aquella flaquita ¿cómo se llamaba...? ¡ah!, sí, Eloísa... ¿Se acuerda usted del mayor Manrique

a quien borracho se le despertaban instintos de cirquero y se ponía a echar saltos mortales desde lo alto de la pianola?... ¿y el capitán Lionel que ponía cátedra de tango argentino y refinamiento francés a aquellas pobres putas montaraces? Y cuando en la madrugada, todavía borrachos, enderezábamos rumbo al Bacatete cantando a coro aquella canción del “Mundo engañoso” que tanto le gustaba a usted... ¡Ah! coronel, en ninguna parte hemos vivido con el ímpetu dionisiaco con que vivimos en Sonora... ¿dionisiaco...? No sé qué quiere decir, coronel; es una de esas palabritas que aprende uno de chico en la escuela y se le pegan para toda la vida... no sé qué quiere decir, pero aquí el señor licenciado, que es tan culto, podría ilustrarnos... Conque, ya oye usted, coronel, Dionisiaco viene de Dionisio, nombre de un dios... fíjese usted qué coincidencia, en Sonora a los Dionisios les dicen Nichos... ¿Se acuerda usted de Nicho Montemayor? Murió aquí, en el Hospital Militar, de una prostatitis mal curada;

yo no quise separarme de él hasta que exhaló el último suspiro, pues era mi amigo y ya sabe usted que en la cama y en la cárcel se conocen los amigos... qué cosa más conmovedora, coronel, poco antes de morir se acordó tal vez de la provincia amada, de la patria chica que ya no volvería a ver; se acordó del hogar lejano; de la familia ausente; de los amigos de la brumosa niñez y haciendo un esfuerzo supremo se incorporó en su lecho de muerte y gritó con toda la fuerza de sus ya débiles pulmones: ¡Ay! Sonora, qué ancho meas... Pero, dispéñeme, señor licenciado, que le haya interrumpido; por un instante me abrumaron los recuerdos y ya sabe usted que cuando le abruman a uno los recuerdos... conque decía usted que el hombre de nuestros días tiene hambre de esperanza...

—¡Ah! Sí; decía yo que el hombre de nuestros días...

Y el atildado licenciado siguió diciendo... Pero para no fatigar a la república eludo repetir

lo que el atildado licenciado siguió diciendo, porque, como si el coronel Buelna y yo fuésemos la república, el atildado licenciado nos habló en el mismo tono en que desde hace muchos años vienen hablando a la república sus más desinteresados rendidores; en el mismo tono en que han aprendido a dirigirse a la república los jóvenes precoces que en 1910 lactaban todavía pero que no obstante hicieron, cantando, la revolución; en el mismo tono *muy hombre* en que hablan los ex “dorados” de Pancho Villa que ignoran que los “dorados” de Pancho Villa se acabaron en la carga épica de Otates; en el mismo tono en que hablan todos los pintorescos pergeñadores de filmes y anécdotas de la revolución que tanto prestigian a la república; en el mismo tono profundamente generoso en que hablan siempre los traficantes, y al fin, el atildado licenciado, como los toros de bandera, remató valerosamente en las tablas:

—Se impone pues una mejor distribución de la riqueza y para ello es preciso que se realice

cuanto antes en nuestra patria la primera etapa del marxismo integral, es preciso que la riqueza hoy dispersa del capitalismo se concentre en unas cuantas manos para que esas cuantas manos, a su tiempo, la distribuyan mejor y más equitativamente, y, ¿por qué no han de ser las nuestras esas cuantas manos...?

Mas... ¿cómo canalizar hacia nuestras manos la riqueza hoy dispersa del capitalismo? Muy fácil, coronel; muy fácil, joven amigo. He dicho antes que el hombre de nuestros días tiene hambre de pan, hambre de mujer y hambre de esperanza, y esto es lo que pudiéramos llamar el resorte psicológico de mi proyecto.

Dejemos a los honestos asturianos que vienen al país, el comercio del pan; pero organice mos en provecho de las masas trabajadoras, el comercio del amor y el comercio de la esperanza.

Al pronunciar estas palabras, el atildado licenciado viose interrumpido por la carcajada es-

pléndida de Hipólito Buelna, por aquella misma carcajada que en las noches purísimas del Bacatete hacía enmudecer el aullido ondulante de los coyotes.

—¿Qué le pasa, coronel...?

—Nada, licenciado; nada, dispéñeme, pero eso del comercio de la esperanza me trajo a la memoria el recuerdo de una tía mía muy graciosa que tenía un estanquillito que se llamaba precisamente así: la Esperanza, y ella, mi tía, decía siempre así: mi pequeño comercio, el pequeño comercio de la esperanza. ¡Ah! Si usted supiera lo que me pasó con aquella tía, pero prosiga usted, licenciado prosiga usted...

Y el atildado licenciado, ligeramente mosqueado por el exabrupto de mi coronel, esbozó una leve sonrisa y agregó:

—Pues bien, éste no será el pequeño comercio de la esperanza, sino el gran comercio de la esperanza, o, mejor dicho, el comercio de la gran esperanza.

Todo mundo sabe que el trabajo no enriquece a nadie, todo mundo sabe que sólo la política, la lotería, o un pariente rico que fallece a tiempo pueden enriquecer a un hombre; pero si son pocos aquellos que están dotados para la política, son menos aún los que tienen parientes ricos de quienes heredar; en cambio, ¿quién no tiene un peso o diez pesos o cien pesos para jugarlos en un albur, a la ruleta o en un billete de lotería? y, ¿por qué no hemos de ser nosotros quienes canalicemos hacia nuestras arcas ese peso, esos diez pesos, esos cien pesos que los ciudadanos ávidos de esperanza pueden gastarse en un albur, en la ruleta o en un billete de lotería? ¿Por qué no hemos de organizar, aprovechando mi actual influencia política, eso que pudiéramos designar, con una expresión cien por ciento jurídica: compra de esperanza...?

Y si combinamos esta empresa con la del reparto sistemático y organizado de ese otro satisfactor humano que es el placer, el placer sencii-

llo, puramente fisiológico de echar fuera lo que ya no nos cabe dentro, habremos contribuido con nuestro grano de arena al equilibrio y al bienestar de la juventud —de las juventudes, como ahora se dice— de la república; porque en el fondo de los más vergonzosos vicios y de las más bajas pasiones de la juventud y aun de la senectud —desde la masturbación hasta el misticismo, desde el simple acto de quitarle la querida a un amigo hasta el acto un poco más complicado de realizar nuestra gloria literaria publicando en letras de molde, para regocijo de los coetáneos, las intimidades de nuestras más dulces amadas—, no hay sino eso: represión sexual y falta del necesario satisfactor, y permítanme ustedes —agregó el atildado licenciado— que vaya a cambiarle agua a las aceitunas...

Y mientras el atildado licenciado se ausentaba con el propósito antes dicho, Hipólito Buelna me dijo al oído: no entiendo ni jota de cuanto me ha dicho este cabrón... en final de cuentas ¿qué quiere?

—Si no me equivoco, mi coronel, este señor quiere que sea usted una especie de gerente o responsable de un negocio de casas de juego y casas de asignación, que este propio señor desea establecer en grande; como negocio, seguramente, no es malo...

Habiendo desahogado su pequeño menester, el atildado licenciado volvió a nuestra mesa, y yo, anticipándome al deseo de Hipólito Buelna, le pregunté:

—Señor licenciado, mi coronel Buelna quisiera saber concretamente qué papel desempeñaría él en este negocio o, en otros términos, qué...

Entonces el atildado licenciado nos explicó pormenorizadamente el mecanismo de esta empresa de alta envergadura en la que mi coronel Buelna se transformaría, como por arte de magia, en un tipo fantástico que sería a la vez Iván Kruger, el Príncipe de Mónaco y María la Japonesa; nos explicó en qué forma se organizarían, por todos los ámbitos de la república, bajo un

severo control, y según la importancia de cada lugar, grandes casinos y pequeñas barracas, fastuosos lupanares y sórdidas accesorias; cómo se organizarían, incluso, caravanas terrestres y marítimas, que por campos, montañas y litorales, llevarían a los habitantes de la república —a cada cual según sus recursos— la carne placentera y la esperanza consoladora, respectivamente, en una mórbida nalga y en un imprevisto albur.

Insidiosamente, con habilidad sin par, mostró a mi coronel Buelna las grandezas del mundo, como dicen que Satán las mostró a Jesús, pero —¡oh, dolor!—, mi coronel Buelna no era Jesús, y mi coronel Buelna se dejó tentar...

En esto volvió hasta nosotros nuevamente Marta, la mesera de caderas irreprochables, y preguntó:

—¿La cuenta, señores...?

Y el atildado licenciado, mi coronel Buelna y yo, llevando unánimes la mano a los bolsillos,

aprobamos esta proposición con trémulas pero diferentes voces:

—La cuenta, Martita...

Entonces, Martita enarboló el lápiz de aplastada punta, y el block de hojas tornadizas; luego, mientras sonreía con los dientes al atildado licenciado, con los ojos al coronel Buelna, y con la tez alabastrina a este seguro servidor, fue enumerando platillos y anotando en el block cantidades alícuotas y de las otras. Después sumó, sumó en voz alta y cantarina, mientras hacía girar la aplastada punta del lápiz entre “sus carnosos labios de rompopo”:

—Cinco es cinco y no llevamos nada, siete y siete catorce y nueve veintitrés; tres y llevamos dos; dos y nueve once y ocho, diecinueve y seis veinticinco.

Y a continuación resumió su esfuerzo en esta síntesis, como ninguna otra brillante: —Son veinticinco pesos, treinta y cinco centavos...

Entonces, con rápido gesto, el atildado licen-

ciado sacó y exhibió un billete de cien pesos, mi coronel Buelna sacó, pero no llegó a exhibir, dos billetes de veinte pesos cada uno, y yo exhibí, 100 sin sacar, tres pequeños billetes de diez pesos; y el licenciado, el coronel y yo, exclamamos a un tiempo: —Cóbrese usted de aquí, Martita...

Pero la linda doncella, con aquel nunca desmentido instinto marxista que tienen las mujeres honestas; con aquella propensión que tiene la inocente infancia para guiarse única y exclusivamente por la magnitud o cantidad, despreció los dos billetes del Coronel Buelna, desdeñó mis tres pequeños billetes y tomó delicadamente entre el índice y el pulgar de su mano desnuda, el billete de cien pesos que la mano cuajada de anillos del atildado licenciado le tendía... y una vez que éste recogió su cambio y otorgó pingüe propina a la adorable muchacha, salimos del restaurante con gentil compás de pies, como dicen los clásicos; y al pasar frente a un espejo, de soslayo, nos vimos en él como acostumbra hacer

los indomables atletas, los bizarros militares, los invictos héroes del cine nacional, los apolíneos cantantes del radio igualmente nacional, los políticos jóvenes, y demás personajes mucho muy 101 hombres y mucho muy importantes que pululan en los cafés, cantinas y burdeles de nuestra magnífica ciudad.

En este capítulo aparece —al fin—
el mar océano un poco traído
de los cabellos, y exclusivamente
porque corsario sin mar es como flor
sin aroma, como ave sin nido,
como cuerpo sin alma...

103

Desafiando los más funestos presagios y los decires más prudentes nos embarcamos hoy, martes trece, en este veloz y fantasmagórico balandro. En previsión de cualquier contingencia, vestimos overol turquí, calzamos alpargatas impermeables, y exornamos el cuello con una corbata azul; enarbolamos además bandera de pendejos, que es, afirman, la mejor bandera para navegar.

—Hay que viajar, coronel, hay que viajar, que los viajes ilustran mucho, sobre todo, si se viaja a título de experiencia, con modesto equipaje y boleto de segunda... Cuántas cosas se aprenden entonces, coronel, y cuántos

vanos terrores se disipan; pero también —¡ay!— cuántas doradas ilusiones se desvanecen.

104 Comienza uno por enterarse de que en las costas, por lo común, no hay moros, sino faros, y consecuentemente empieza uno a creer ya no tanto en la providencia de Dios, cuanto en la previsión de los hombres... Pero ya estamos embarcados, coronel; dentro de tres días estaremos en Santa Cruz de Cozumel, conozco allí un sitio estupendo, conozco una plaza a la que dan sombra, cobijo y frescura cinco laureles de Indias, cinco gigantesos laureles de Indias; allí estableceremos nuestro cuartel general, desde allí, de acuerdo con los propósitos magníficos del señor licenciado, enviaremos a todo lo largo del litoral generosas prostitutas de cabotaje, y miríficos vigésimos de esperanza, para solaz y alegría de los proletarios del mundo unidos, y aun de los desunidos; a esa plaza afluirán los turistas, y con ellos la fortuna, y dentro de uno o dos años seremos ricos, mi coronel... Ya estamos embarcados, ahora, Dios dirá...

En tanto preparan la maniobra, los marineros cantan una sombría balada:

“Estaba negra la mar como no lo estuvo nunca —dijeron unos que un pulpo gigantesco se desangraba en el mar— otros dijeron: los escritores del mundo vaciaron sus plumas-fuente —todo el fango de la Tierra se ha desbordado en el mar...— Petróleo, camisas negras; corrieron muchas leyendas, como aceite sobre el mar...” 105

Mientras acodados en la borda pretendemos en vano divertirnos con los peces de colores, un rápido incidente rompe de pronto la secular monotonía del ponto: en el borde de aquella barca que cabecea rítmicamente, un buzo canta, con música de tango, la inconfundible canción del buzo:

“Mar, no obstante tu inmensidad, eres un golfo... Mar, marcito, marecito, marezuelo, gustoso hiciera con tu caudal un buche de agua si no fueras tan chico...”

Y acto continuo, el mar se encrespa y brama y ejerce represalias; el mar engulle al buzo con

todo y escafandra, provocando un turbión de burbujas en el agua, y en nosotros una onda de despecho y una honda consternación, e, ítem más, este propósito inquebrantable:

En lo sucesivo, por vía de revancha, comeremos el pescado sin quitarle las escamas.

Pero al fin levamos anclas y largamos amarras. Foque... fofoque... orza... Poco a poco las casas y la gente del puerto se alejan, y luego se nos van dulcemente de los ojos, y el balandro comienza a cabecear sobre el lomo jovial de las ondas.

Y aquí estamos ya sobre el mar, aquí tenemos ya vivito y coleando al mar océano con su antigua inmensidad azul, con su manoseada frágil espuma, con su viejo estruendo dispendioso y patético. Aquí tenemos al viscoso mar, al amargo ponto, al mar salobre, al pérfido océano, al proceloso mar; al mar, en suma, propicio al tropo, al trapo, al truco y al imperialismo británico de las naciones; aquí tenemos al mar propenso

al adjetivo, invitándonos como a Homero, como a Lautréamont, a calificarlo una vez más...

Pero no, si acaso, cambiaremos nombres...

¿Atlántico? Tanto honor, yo, Chas. A. Lindbergh, a sus órdenes... 107

¿Pacífico? El gusto es para mí, Vasco Núñez de Balboa...

Si acaso, cambiaremos nombres, pero antes, escuchemos a ese viejo que sentado sobre un rollo de calabrotes habla como cualquier maestro universitario, con lentitud y suficiencia, ante un auditorio compuesto de un solo hombre; escuchemos qué dice, y quizá aprendamos algo de él... Pero, ¿quién es ese viejo? ¡Ah!, pues ese viejo es el inevitable charlatán de todos los viajes, es el ineludible lobo de mar; ese viejo es don Espergencio Montejo, ex catedrático de la Escuela Náutica de Cádiz, ex propietario del almacén de ultramarinos La Puerta del Sol, ex combatiente de la Gran Guerra, ex patrón de la goleta *bootlegger Viriate*, de la matrícula de Holbox; ese

viejo es héroe de ciento veintisiete naufragios, cuatro combates singulares, cuarenta y nueve quiebras fraudulentas, dieciséis juicios por estafa, abuso de confianza, contrabando, trata de blancas y otras pequeñas omisiones a la ley, y en el ejercicio de sus diversas profesiones, perdió una pierna —la izquierda— y aprendió a tutearse con todos los meteoros del aire, de la tierra y del agua; con todos los borrachos de la república, y con todos los agentes de la prohibición, que, como tiburones, pululaban en el Golfo de México, en los tiempos crapulosos en que imperaba la ley Volstead.

Escuchemos, pues, lo que dice el viejo lobo de mar a ese imberbe mancebo:

—¿Conque, sediento de infinito, te embarcaste en este sucio balandro? Permíteme, ¡oh! adolescente, que, como decía mi egregio amigo, el conde Bobby, esboce una leve sonrisa, porque aunque este mar tiene suficiente agua, y por lo pronto no defraudará tus esperanzas, mi honra-

dez profesional me obliga a advertirte que este mar no es infinito, ni siquiera inconmensurable... Infinito... ¿estás hidrópico?, ¿de dónde has sacado a tu tierna edad esa morbosa sed de infinito? Tu inocencia me inspira simpatía y quiero descubrirte la técnica falaz de las cosas infinitas.

Tomaré, para mi demostración, cualquiera de los objetos que suelen llamarse infinitos: el alma de algún genio, los ojos de la mujer amada, el mar océano, el desierto, un cielo estrellado o sin estrellas, aunque, a decir verdad, para los efectos de la demostración, vale más tomarlo con estrellas.

Aquí está ya el cielo, ahora observemos... aquí hay una estrella, allá otra, acullá otra. Trasladémonos ahora acullá: la estrella de acullá es ahora la estrella de aquí y la estrella de aquí es ahora la estrella de acullá, y todas son iguales, desoladoramente iguales, las estrellas del cielo y las ondas del mar; desoladoramente iguales las ondas del mar y las arenas del desierto;

desoladoramente iguales las arenas del desierto y las pupilas y demás adminículos de las mujeres amadas y por amar...

110 Cuando el viejo lobo de mar, don Espergencio, llegaba a este punto de su peroración la campana de a bordo llamó a comer y don Espergencio, el viejo lobo de mar, agarrando el toque al vuelo, insinuó:

—Pero la desoladora monotonía del Universo no debe ser motivo de desaliento ni obstáculo para regalar al cuerpo; tenemos a bordo un cocinero gidiano, políglota y cosmopolita que confecciona, para edificación de pescadores y alivio de navegantes, una indescriptible sopa de asteriscos aderezada con inmensidades azules, frágiles espumas, ondas procelosas y otros variados productos del mar, de manera es que... bajemos al comedor.

Y precedidos del viejo lobo, bajamos al comedor, en donde, atenazados por el recuerdo trágico del buzo y empujados por un viento frío

y áspero que a la sazón bajaba de la luna, la cual, a la sazón, ascendía por el oriente, devoramos los detritus del océano con aquel apetito broncíneo que allá, en la otra punta del tiempo y del espacio, usaba al devorarlos el ilustre hijo de Laertes. Y entonces, don Espergencio, el viejo lobo de mar, con euforia de pez en el agua, gritó:

—Mesero, por favor, el pescado y un buen vino...

Y el mesero, solícito, aportó el plato, desde cuyo fondo cantaban los peces —música de rumba y añoranzas de pez fuera del agua— la conocida canción del pez:

“*Mar mare nostrum, maremagnum*, abismo glutinoso, sepulcro fosforescente donde se pudren los atlántidas; quien te miró una vez enfermó para siempre...”

Desde el fondo del plato, no obstante, los pescados irradiaban salud, una egregia salud en mayonesa.

112 Pereza del aire y de las aguas; el mar —¡oh, Darío!—, “como un vasto cristal azogado”; vapores que se condensan en la atmósfera sofocante y las velas del balandro lacias como el pelo de un chino, y sucias como la conciencia de un *leader*.

Calma en el vasto mar, calma gongorina: “los delfines van nadando por lo más alto del agua”, y mi coronel, sudando la gota gorda, y señalando al cielo: —¿qué clase de pájaros son aquéllos...?

Y don Espergencio, una vez más didáctico y zahorí: —Esos pájaros son cernícalos, dentro de una hora tenemos bailongo...

Y don Espergencio, desde su eminente rollo de calabrote, continúa explicando al joven grumete y a todo el que quiere oírle, las falacias de la religión, de la política y del amor, a través de las edades; las vicisitudes del comercio de ultramarinos desde los egipcios hasta nuestros días; los secretos de la navegación loxodrómica

y de la carambola a tres bandas, y la manera de encender una pipa o enrollar un cigarro de hoja, aun en el foco de un ciclón, sin que se pierda en la operación ni una brizna de tabaco. 113

Mientras, los advertidos marineros comienzan a arriar el velamen, y nuestro balandro singla por las aguas verdosas, cada vez con más dificultad, con la proa puesta hacia el cabo Catoche.

Conforme al pronóstico lanzado una hora antes por el ex patrón de la goleta *Viriato*, una hora después de lanzado, el supradicho pronóstico comenzó a realizarse.

Minutos antes de caer la noche, por todos los intersticios del horizonte comenzaron a subir raudamente nubarrones negros surcados de vez en vez por furibundos relámpagos que correspondían con rabiosa fidelidad a la definición genial de Gómez de la Serna: “El rayo es un sacacorchos encolerizado”.

Y el viento en el exiguo cordaje del balandro, como en las cuerdas de una guitarra, comenzó

a tañer guajiras y cantejondo, en tanto que un oleaje rudo y desapacible nos zarandeaba a más y mejor.

114 Hipólito Buelna, hombre a toda prueba, hombre en la plena acepción de la palabra, pero hombre al fin de tierra firme, acostumbrado a correr las llanuras, a escalar las montañas, y desafiar la muerte con los pies bien puestos en los estribos de una silla vaquera, tenía un horror santo a las cosas escurridizas o simplemente inestables, tales como el mar, los empleos municipales, las víboras de cascabel, los viajes en aeroplano, y el amor de las triples con madre o sin ella, de manera que en cuanto se inició el bamboleo, me susurró al oído, pálido como un muerto, esta proposición a todas luces romántica e improcedente:

—Bebamos para no darnos cuenta...

A lo cual hube de argüir que en cuestión de naufragios vale más darse uno cuenta.

No obstante, instantes después, ya tiempo que el cielo desataba sus cataratas sobre el mar,

y literalmente hacía llover sobre mojado, Hipólito Buelna, alternando con don Espergencio, comenzó a vaciar a pico de botella toda la provisión que llevaba nuestro balandro de ron habanero y otros alcoholes propios para reconfortar navegantes primerizos, y alumbrado por los cuales, y aterrizado por la tormenta, hacía partícipe al viejo *bootlegger* de sus proyectos fantásticos y de sus ambiciones desmesuradas; pero el viejo *bootlegger* exhibía entre dos relámpagos su oblicua sonrisa de escéptico, y aconsejaba: 115

—No se haga ilusiones, coronel, que la ilusión es de suyo falaz y engañadora; viva una vida amplia, simple, tendida al sol; déjese llevar por la corriente, y no busque dinero, que el dinero propio da cuidados y vuelve a los hombres avarientos y egoístas; si acaso, gaste el dinero de sus amigos, y aun el de sus enemigos, si es que ellos se dejan.

Como ya en esto las olas barrían la cubierta, se oyó el gangueo costeño del patrón, que ordenaba:

—Todo el mundo a la cala...

116 Y todo mundo fue a la cala, excepto Hipólito Buelna, cuya embriaguez alcanzaba el paroxismo. En vano se le suplicó, en balde se trató de salvarle. Todavía, mientras empujado por el patrón, entraba yo por una escotilla, alcancé a verlo a la claridad lívida de los relámpagos, agarrado a la borda, desenfundar su pistola y descargarla contra el irritado cielo; todavía alcance a oírle gritar: —Yo no moriré como rata, ahogado en una bodega... ¡A mí las olas me la relujan!...

Éstas fueron las palabras postreras que oí del noble amigo, del jefe incomparable; después, un tremendo golpe de mar nos echó a unos contra otros en la oscuridad de la cala y no supe más de mí.

Desperté, tumbado sobre cubierta, como de una pesadilla. En vez del proverbial “¿en dónde estoy...?”, interrogué:

—¿En dónde está el coronel?

Don Espergencio, con un gesto vago, señaló la inmensidad verdosa del Caribe, sobre la cual,

entre las nubes sonrosadas del amanecer, temblaba como una gelatina la grandeza de Dios.

París, 1937 117

El corsario beige, de Renato Leduc, se terminó de editar el 21 de junio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.

